

El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios*

DIANE RABY pp. 59-72

Resumen

Tanto para la derecha como para la izquierda el concepto de populismo tiene connotaciones negativas, de demagogia, manipulación y políticas engañosas o irresponsables. Pero para cualquier estudioso serio es innegable el papel central de dirigentes carismáticos en algunos de los movimientos revolucionarios más exitosos y radicales; dirigentes cuyos orígenes no se encuentran en los clásicos partidos marxistas-leninistas y que tienen un perfil ideológico heterodoxo: es decir, que manifiestan algunas de las típicas características del populismo. En América Latina tenemos los casos de Fidel Castro y Hugo Chávez. Es necesario examinar seriamente el porqué de ese protagonismo en los procesos revolucionarios, sin aceptar necesariamente las connotaciones negativas convencionales.

Palabras clave

Populismo / Liderazgo carismático / Movimientos populares

Abstract

For the right and the left alike, the concept of populism has negative connotations of demagoguery, manipulation, and deceptive and reckless policies. For any thoughtful scholar, however, the key role of charismatic leaders in some of the most successful and radical movements is undeniable. Those leaders do not come from the classic Marxist-Leninist parties, and have a heterodox ideological profile: that is to say, they show some of the characteristic features of populism. In Latin America we have the cases of Fidel Castro and Hugo Chávez. It is necessary to seriously examine the reasons of such leadership in revolutionary processes, without accepting right away the negative conventional connotations.

Key words

Populism / Charismatic leadership/ Popular movements

* Las tesis desarrolladas en este ensayo se presentan de manera más extensa en el libro de la autora, *Democracy and Revolution: Latin America and Socialism Today*, Londres, Pluto Press, 2006.

La conceptualización tradicional de la revolución socialista, o de cualquier revolución popular que plantee el socialismo como la meta final, es de un partido marxista-leninista o por lo menos un partido socialista estructurado que encabeza el movimiento popular y dirige la transición. Por otra parte, la visión que predomina en los nuevos movimientos antiglobalización y anticapitalistas, que privilegia el movimiento en preferencia a cualquier partido político, insiste en la dirección colectiva o en el espontaneísmo popular. Pero si se examinan, incluso superficialmente, algunos de los procesos revolucionarios más exitosos de América Latina, salta a la vista el papel central de dirigentes individuales carismáticos, siendo los casos más notables los de Fidel Castro y Hugo Chávez.

La tendencia predominante entre los partidarios de Cuba y de la revolución bolivariana de Venezuela es negar el fenómeno, con el argumento de que «la revolución cubana no es sólo Fidel» o que «el proceso bolivariano en Venezuela no se reduce a Chávez», y que el protagonista en los dos casos es el pueblo. Pero esta respuesta es evidentemente inadecuada: por supuesto que ninguna revolución se puede hacer sin el pueblo, pero eso no quita el hecho de que la revolución cubana no sería lo que es sin Fidel, ni el proceso venezolano tendría el mismo éxito sin Chávez, e incluso se puede preguntar si cualquiera de estos dos procesos revolucionarios hubiera triunfado sin el protagonismo de estos dirigentes excepcionales.

Ahora bien, insistir en la importancia central de Fidel en la revolución cubana o de Chávez en la Venezuela bolivariana no implica negar el papel de sus compañeros en el Movimiento 26 de Julio (M-26-7) o en el Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 (MBR-200) y el Movimiento Quinta República (MVR), ni tampoco de los millones de cubanos y venezolanos anónimos que de alguna manera hayan participado en estos dos procesos. Es evidente que ningún líder hace la revolución solo, y ni siquiera los millares de militantes activos hacen la revolución sin apoyo popular. Mientras más auténtico y profundo sea el proceso, más extensa será la participación de millones de ciudadanos comunes. Pero estos actores anónimos no participan con una orientación común, y menos de manera sostenida y decisiva, sin liderazgo.

En el caso cubano no hay duda de que el pueblo cubano deseaba una reforma agraria en 1959, pero sin la decisión –tomada en gran parte por la voluntad de Fidel– de expedir la Ley de Reforma Agraria en mayo de ese año y de ponerla en práctica inmediatamente, no se habría ejecutado tan rápida ni profundamente. Sin duda la mayoría del pueblo quería afirmar la independencia económica del país en relación con Estados Unidos, pero esta independencia no se habría realizado tan radicalmente si no fuera por las decisiones dramáticas, tomadas fundamentalmente por Fidel, de expropiar las petroleras extranjeras en julio de 1960, los latifundios e ingenios azucareros de propiedad estadounidense en agosto de 1960 y las restantes industrias norteamericanas en octubre.

Sin duda el pueblo quería que la educación fuera universal y gratuita, pero sin la decisión —también fundamentalmente de Fidel— de lanzar la extraordinaria campaña de alfabetización en 1961, la realización de este gran avance cultural tampoco se habría producido tan rápidamente. Afirmar, por tanto —como hacen algunos socialistas— que el protagonista de estos logros revolucionarios era el pueblo cubano y no Fidel, es incorrecto y engañoso. Era Fidel *con* el pueblo; por supuesto el Comandante no lo podía hacer sin la colaboración de los compañeros del M-26-7 y del pueblo; pero si no fuera por la visión y la voluntad excepcionales del Comandante, la revolución cubana no habría avanzado tan rápidamente ni habría llegado tan lejos, y muy posiblemente podría haber sufrido un proceso de división y confusión parecida a la que se vivió en 1933.

Un análisis parecido se aplica al proceso venezolano de los últimos lustros. Sin el liderazgo de Hugo Chávez Frías es poco probable que habría hoy en día un gobierno de características revolucionarias en el poder. Habría sin duda una situación de crisis, de intensa conflictividad social y política y posiblemente la aparición de alguna organización insurgente, pero ningún poder político nacional para dar una dirección al proceso. Evidentemente las condiciones que hicieron posible un proceso revolucionario tuvieron su origen en la crisis económica y social de Venezuela desde los años ochenta; el descontento y la disposición combativa del pueblo de los cerros de Caracas y de otras ciudades que se manifestaron en el «caracazo» (y su brutal represión) marcaron el inicio de la agonía del sistema puntofijista. Pero el pueblo carecía de dirección, y ningún partido político fue capaz de ofrecerla. Quien tomó la iniciativa (aunque fuera tres años más tarde) fue Chávez con el MBR-200, y a pesar del fracaso militar, el *por ahora* convirtió el levantamiento del 4 de febrero de 1992 en un éxito político y mostró al pueblo que la dirección revolucionaria en ciernes ya existía.

En las elecciones de 1998 quedaba claro que Chávez era el candidato del pueblo, y en el proceso político siguiente el protagonista era él —con el pueblo—. En la derrota del golpe de abril de 2002 fue el pueblo (junto con los militares bolivarianos) el que tomó la iniciativa, pero no deja de ser sintomático que las dos demandas populares fundamentales en ese momento eran el regreso de la democracia —y de Chávez—. Ocho meses más tarde, en el paro, Chávez sabía que podía confiar en la resistencia popular frente a las provocaciones de la oposición; funcionaba claramente una relación dialéctica entre él y el pueblo, una sintonía que se alimenta mutuamente y en la cual los dos elementos son indispensables. El pueblo venezolano encontró una identidad colectiva y se constituyó como sujeto político a través de las acciones de Hugo Chávez y del Movimiento Bolivariano; hablar de uno sin el otro no tiene sentido en la actual fase histórica.

Esta relación dialéctica también explica por qué en los últimos años Chávez (al igual que Fidel en años anteriores) se ha convertido en el objeto de manifestaciones populares

entusiastas en toda América Latina cuando visita otros países; proyecta y simboliza internacionalmente el sentimiento revolucionario del pueblo venezolano y la esperanza suscitada por el proceso bolivariano.

Para entender tanto a Fidel como a Chávez es necesario reconocer que sus raíces históricas e ideológicas no se encuentran en la ortodoxia de la izquierda sino en la tradición populista latinoamericana. Esto se refleja claramente en el discurso de ambos líderes, tanto en el estilo como en el contenido. Hasta abril de 1961 (cuando la invasión de Playa Girón) Fidel no hablaba de socialismo sino de humanismo, y en el caso de Chávez sólo empezó a mencionar el socialismo en diciembre de 2004. Vale la pena referirse a algunos ejemplos del discurso de Fidel en los primeros años para ver lo lejos que estaba de cualquier ortodoxia marxista o socialista (en el caso de Chávez su heterodoxia ideológica y discursiva es tan reciente y notoria que resulta redundante ejemplificarla).

En 1959 (el primer año del triunfo revolucionario) llama la atención la tónica flexible, amplia y antidogmática del discurso de Fidel (Raby, 1999). El ejemplo paradigmático es su discurso «humanista» de abril de ese año en Nueva York: «Ni pan sin libertad, ni libertad sin pan; ni dictaduras de hombres, ni dictaduras de clases; gobierno del pueblo, sin dictadura ni oligarquía. Libertad con pan y pan sin terror: eso es el humanismo» (cit. en *Bohemia*, 03/05/59, pp. 67, 93). Fidel volvió al concepto de humanismo en varios discursos de abril y mayo de 1959, y se podría pensar tal vez que se trataba de una posición táctica para evitar las acusaciones de comunismo que ya empezaban a expresarse en los círculos reaccionarios cubanos y norteamericanos; pero la insistencia del Comandante en esta visión amplia y antidogmática da la impresión de que era en realidad su ideario filosófico en ese momento.

En un discurso del 8 de mayo Fidel formuló una posición tan aparentemente contradictoria que produjo mucha confusión en el público (y que seguramente dejará estupefactos a muchos izquierdistas ortodoxos de nuestros días):

Nosotros respetamos todas las ideas; nosotros respetamos todas las creencias... nosotros no nos vamos a poner a la derecha ni nos vamos a poner a la izquierda, ni nos vamos a poner en el centro... Nosotros nos vamos a poner un poco más adelante que la derecha y que la izquierda... un paso más allá de la derecha y un paso más allá de la izquierda. ¿O es que acaso tienen los hombres que nacer maniatados a las ideas que quieren los demás? (cit. en *Revolución*, 09/05/59).

Naturalmente, esto provocó mucha discusión, y en una entrevista televisiva unos diez días después el Comandante tuvo que aclarar su posición. Pero lo que dijo solo aumentó la confusión de los ideólogos convencionales de izquierda y de derecha: «Nuestra revolución no es capitalista porque ha roto muchos principios del capitalismo arraigados por años.

Nuestra revolución no es comunista tampoco, nuestra revolución tiene una posición que no es ni lo uno ni lo otro y es en todas sus características una revolución propia...» (Entrevista en CMQ-TV, 21/05/59; cit. en *Revolución*, 22/05/59).

Estas declaraciones, que para muchos parecían totalmente incoherentes y contradictorias, reflejaban un deseo de trascender las definiciones políticas convencionales y de alcanzar una nueva síntesis, una posición filosófica unitaria. Se trata de un discurso antiesquemático, y sugiere la hipótesis de que la izquierda ha fracasado debido a su identificación con fórmulas doctrinarias rígidas, que hay también aspectos del pensamiento revolucionario que hasta la derecha puede aceptar.

Este tema es además un elemento clásico del populismo latinoamericano, formulado de manera muy parecida por Juan Domingo Perón cuando, quince años antes, quiso ofrecer una definición de su doctrina *justicialista*:

Para nosotros no hay nada fijo ni nada que se tenga que negar. Somos anticomunistas porque los comunistas son sectarios, y anticapitalistas porque los capitalistas son sectarios. Nuestra Tercera Posición no es una posición de centro. Es una posición ideológica que está en el centro, a la derecha o a la izquierda, de acuerdo con las circunstancias específicas (Pendle, 1963:127).

Se podría pensar que se trataba de puro oportunismo, pero si fuera así es dudoso que el dirigente argentino lo hubiera dicho tan explícitamente. Lo que tenemos aquí es también un esfuerzo por encontrar una posición antiesquemática que trascienda las divisiones políticas convencionales. Según Perón el justicialismo buscaba el equilibrio entre las «cuatro fuerzas» de la sociedad: el materialismo y el idealismo, el individualismo y el colectivismo.

Ahora, esto no implica que Fidel fuera igual a Perón ni que el M-26-7 fuera igual al Partido Justicialista, sino más bien que los dos movimientos tenían raíces semejantes en la tradición populista latinoamericana, que era nacionalista, antioligárquica y potencialmente revolucionaria. En otros aspectos los dos dirigentes y sus respectivos movimientos eran bien diferentes: por su formación intelectual y su experiencia de la lucha armada, Fidel era mucho más coherente que Perón y capaz de llevar el movimiento a sus últimas consecuencias, lo que no era el caso del dirigente argentino. También en Cuba, por causa de la extrema dependencia del país y su desarrollo nacional frustrado, el movimiento populista tenía un carácter más popular y estaba menos abierto a influencias burguesas. En Argentina, con una burguesía nacional más fuerte y una masiva inmigración europea, la influencia burguesa e incluso las tendencias fascistas eran mucho más fuertes. Lo que los dos casos tenían en común eran las raíces simbólicas de los dos movimientos, sus fuentes iniciales de inspiración ideológica y el estilo de interacción entre los dos dirigentes y el

pueblo. Así se entiende mejor por qué Fidel insistía en la importancia para la revolución del ejemplo de Eddy Chibás, el fundador populista del Partido Ortodoxo: sin la semilla sembrada y las ideas predicadas por *el adalid*—decía Fidel en 1959— el 26 de julio no hubiera sido posible.

Esta insistencia en conceptos antiesquemáticos y de origen nacional-populista tampoco implicaba ninguna tibieza en la implementación del programa revolucionario. Al contrario, al mismo tiempo en que hablaba de humanismo y de no ser de derecha ni de izquierda ni de centro, Fidel firmaba decenas de decretos para la ejecución de la reforma agraria, la reforma de alquileres urbanos, la intervención de las compañías de teléfonos y de electricidad, el despido de los funcionarios batistianos y otras medidas decisivas. Y declaraba categóricamente: «Por primera vez en nuestra historia los campos han quedado bien deslindados. Por un lado el interés nacional; por otro lado los enemigos de la Nación. Por un lado el pueblo; por otro lado los enemigos del pueblo. Por un lado la justicia; por otro lado el crimen...» (*Revolución*, 10/04/59). El mensaje de fondo era: no nos interesan las discusiones ideológicas ni la palabrería de los marxistas teóricos, tenemos el poder y vamos a alcanzar la justicia social y la emancipación nacional, cueste lo que cueste.

Igualmente ocurre en el caso de Hugo Chávez: su insistencia en el carácter bolivariano y democrático del proceso venezolano ha producido mucha confusión. Negando que sea marxista ni comunista, se refiere frecuentemente a su fe cristiana, pero no a la manera de un George W. Bush para condenar el aborto o declarar la guerra al «terrorismo islámico», sino al estilo de los teólogos de la liberación:

La situación mundial es terrible: y lo que estamos haciendo en Venezuela es un esfuerzo gigantesco para cambiar de rumbo, de cambiar del camino al infierno al camino a la vida... Para que pueda haber igualdad, para que el Reino anunciado por Cristo sea verdad, el Reino de la Igualdad y el Reino de la Justicia, esa es nuestra lucha... (Chávez Frías 2004:41-42).

Y tal como Fidel, Chávez acabó más tarde por aceptar una visión de izquierda y por proclamar la meta del «socialismo del siglo XXI», al mismo tiempo que se niega a aceptar ninguna posición partidaria convencional.

Los críticos de Chávez lo acusan frecuentemente de populismo, acusación que él (también como Fidel) niega repetidamente. Pero lo que ni él ni sus críticos reconocen es la posibilidad (y tal vez la necesidad) de ser simultáneamente populista y revolucionario. Uno de los críticos más eruditos es Alfredo Ramos Jiménez, coordinador de una colección de artículos editado en 2002 por la Universidad de los Andes. Calificando a Chávez de «neopopulista», lo compara con los presidentes Carlos Saúl Menem de Argentina y Alberto Fujimori del Perú. Ramos Jiménez se refiere a los textos clásicos de Max Weber sobre el

liderazgo carismático y de Michael Oakeshott sobre la «política de la fe» en contraposición a la «política del escepticismo», y también cita politólogos contemporáneos como Bruce Ackerman de Yale (quien habla del «escenario triunfalista») y el francés Guy Hermet (crítico del *mirage*—espejismo— populista). Para Ramos Jiménez el chavismo se presenta como una alternativa centrada en un «volver a empezar» voluntarista, «necesario para terminar de una vez con las frustraciones y el desencanto del pasado», y este volver a empezar queda consagrado «como el reflejo de una voluntad popular, que entra de este modo en lo que Ackerman ha denominado *escenario* triunfalista de una política en la que se hacen evidentes las raíces cultural-religiosas» (Ramos Jiménez 2002:19). Una versión menos sofisticada de esta crítica se encuentra en el libro de Michael McCaughan, *The Battle of Venezuela*: «The second Venezuela [en contraposición a la primera, la de la clase media-alta] lives in the hillsides and survives on its wits, in constant search of a messiah with a magical formula to relieve them of their misery»¹ (McCaughan, 2004:158).

Ahora bien, es innegable que Chávez manifiesta las características clásicas del liderazgo carismático y que el entusiasmo popular expresado en los mítines chavistas tiene un elemento de «triunfalismo». Pero el problema con esta crítica del chavismo se encuentra en la tónica de ironía y escepticismo que la caracteriza, y en la sugerencia—que a veces se hace explícita—de que Venezuela debería adoptar la «política del escepticismo» y de concertación que prevalece en los países centrales. Este escepticismo es profundamente conservador e implica que la democracia liberal convencional es el único modelo aceptable. No reconoce siquiera la posibilidad de que pueda haber de hecho un «volver a empezar» que produzca una mudanza radical en las estructuras económicas, sociales y políticas a favor de las clases populares.

Esta crítica se niega igualmente a admitir la posibilidad de que el liderazgo carismático y el entusiasmo quiliástico que tanto desprecia puedan cumplir una función simbólica necesaria en la movilización popular y en la construcción real y efectiva de un sistema social más justo e incluso más democrático. No es necesario creer literalmente en el «nuevo Jerusalén» para aceptar que un mito de estas características pueda ofrecer la inspiración para la creación de una sociedad mejor (aunque no perfecta), «haciendo posible lo imposible» en las palabras de los revolucionarios cubanos, citados por Marta Harnecker (2000). También es necesario reconocer—cosa que estos críticos tampoco admiten— que Chávez y su movimiento surgieron de veinte años de diálogo con todos los sectores de la izquierda venezolana y que muchos de sus partidarios tienen una visión política racional. Los pobres de los cerros bien pueden identificarse con el carisma de Chávez, pero también

¹ «La segunda Venezuela vive en los cerros y sobrevive de su ingenio, en una búsqueda constante de un Mesías con una fórmula mágica que alivie su miseria».

entienden correctamente que lo que él ofrece es una alternativa real y radicalmente diferente. La «búsqueda ciega de un Mesías» surge más bien cuando ya no hay esperanza racional de cambio, como se ve en Haití donde –después del exilio de Aristide y de la destrucción del movimiento Lavalas– la gente se entrega desesperadamente al vudú, a las iglesias evangélicas y al crimen organizado. En el fondo, lo que los críticos niegan es la posibilidad de revolución.

Para entender mejor el papel del liderazgo carismático en los movimientos populares, hay que examinar con más cuidado el fenómeno del populismo. Donde los clásicos (Di Tella, 1970; Germani, 1962) analizaron el populismo como un fenómeno transitorio que correspondía a la fase de sustitución de importaciones (1930-1960), y donde otros autores más recientes interpretan el «neopopulismo» de Menem, Fujimori y Bucaram (¡y Chávez!) como una respuesta demagógica y superficial a la crisis de transición al neoliberalismo, hay otra interpretación que tiene sus raíces en la obra de Ernesto Laclau (1977). Para Laclau el populismo es un fenómeno multclasista o supraclasista que se produce en situaciones de crisis hegemónica y que se caracteriza por el liderazgo carismático y por un discurso radicalmente antioligárquico o anti-*establishment*. No tiene una orientación política ni un programa inherente: puede ser de derecha, de izquierda o de centro según la coyuntura y el balance de las fuerzas clasistas en un país específico en cierto momento. Se trata entonces de un fenómeno o de una *técnica* política, de discurso y de movilización de masas, que se puede manifestar en diferentes países y situaciones en movimientos de ideología y significado político totalmente contrarios. Decir, por lo tanto, que tanto el M-26-7 cubano como el fascismo italiano tenían características populistas no implica de ninguna manera que tuvieran el mismo significado político; implica más bien que los dos se caracterizaban por el liderazgo carismático, la intensa movilización de masas y la fluidez organizativa e ideológica, características que los distingue del viejo Partido Comunista Cubano (el PSP) y del Partido Demócrata-Cristiano italiano; es decir igualmente un partido cubano de izquierda y un partido italiano de derecha, pero que tenían modos de organización, actuación y producción ideológica convencionales y burocráticos.

Pero lo más importante de la teoría de Laclau para los casos que nos interesan es su afirmación de que un «populismo de las clases dominadas» –un populismo de izquierda– tiene potencial revolucionario, e igualmente que cualquier movimiento socialista o revolucionario, para que tenga un éxito rotundo, debe actuar de manera populista:

The struggle of the working class for its hegemony is an effort to achieve the maximum possible fusion between popular-democratic ideology and socialist ideology. In this sense a «socialist populism» is not the most backward form of working class ideology but the most advanced –the moment when the working class has succeeded in condensing the

ensemble of democratic ideology in a determinate social formation within its own ideology...² (Laclau, 1977:174).

Y en otro momento Laclau es aún mas categórico:

*In socialism (...) coincide the highest form of «populism» and the resolution of the ultimate and most radical of class conflicts. The dialectic between «the people» and classes finds here the final moment of its unity: there is no socialism without populism, and the highest forms of populism can only be socialist.*³ (Laclau, 1977:196-197; cursivas en el original).

Hasta aquí, muy bien; para este autor Laclau ha logrado una teorización brillante de un aspecto crucial de la dinámica de los movimientos populares. Pero hay algunos problemas con su enfoque: se basa casi exclusivamente en el análisis del discurso, y aunque se refiere a las clases sociales lo hace de una manera tan abstracta que queda muy lejos de la realidad de una formación social específica.

Este defecto de Laclau ha sido bien criticado por varios autores como Nicos Mouzelis (1978) y Paul Cammack (2000), quienes insisten en la necesidad de estudiar también la base social de cada movimiento populista, la dinámica organizativa del movimiento y la coyuntura económico-política: «... populist discourse may be ubiquitous, but it is of greatest significance in these relatively rare conjunctures [of a fundamental crisis of accumulation], (never defined discursively, but in terms of political economy, institutions, and the complex relations between them...)⁴ (Cammack, 2000:154).

Muchos políticos recurren a veces al discurso populista, pero es solo en condiciones de crisis estructural que se dan las condiciones para la formación de un movimiento populista auténtico con un dirigente que hace de la apelación directa al pueblo su *modus operandi* fundamental. En el caso venezolano, Chávez surge cuando el capitalismo criollo enfrentaba la crisis de acumulación del viejo modelo rentista petrolero, y el fracaso correspondiente de todos los partidos del *puntofijismo* abrió el paso al populismo de las clases oprimidas.

² «La lucha de la clase obrera por su hegemonía es un esfuerzo por alcanzar la máxima fusión posible entre la ideología popular-democrática y la ideología socialista. En ese sentido, un «populismo socialista» no es la forma más atrasada de ideología de clase obrera, sino la más avanzada —el momento en que la clase obrera logra condensar la totalidad de la ideología democrática en una configuración social específica dentro de su propia ideología...».

³ «En el socialismo (...) coinciden la forma máxima de «populismo» y la solución del conflicto de clase fundamental y más radical. La dialéctica entre «el pueblo» y las clases encuentra aquí el momento final de su unidad: no hay socialismo sin populismo, y la forma más elevada de populismo solo puede ser socialista».

⁴ «El discurso populista puede ser ubicuo, pero es de la mayor importancia en esas coyunturas relativamente raras [de una crisis de acumulación fundamental] (nunca definidas en forma razonada, sino en términos de economía política, instituciones y las complejas relaciones entre ellas...».

El populismo auténtico es, por lo tanto, potencialmente revolucionario, primero porque surge en una situación de crisis hegemónica, y segundo porque por su propia dinámica de masiva movilización popular por fuera de todos los partidos e instituciones existentes profundiza la crisis de representación: «... the emergence of a form of politics centred on a direct appeal to the people indicates a crisis of existing institutions, and itself constitutes and extends a crisis of political and institutional mediation»⁵ (Cammack, *ibíd.*). La reivindicación de la soberanía popular implica favorecer la formación de estructuras de poder popular, y a menos que la cúpula del movimiento sea capaz de limitar la movilización popular y canalizarla en estructuras corporativo-burguesas (como sucedió con el peronismo), la dinámica del poder popular es tendencialmente socialista. Aquí es necesario insistir también en que la capacidad política del líder puede ser decisiva en llevar el movimiento a sus últimas consecuencias, pero que esas «últimas consecuencias» corresponden a un límite objetivo impuesto por al correlación de fuerzas clasistas: en el caso del peronismo, la fuerza y la relativa autonomía de la burguesía nacional argentina impidieron la consolidación de un verdadero poder popular. En Cuba la extrema dependencia de la burguesía local determinó su incapacidad de contener la fuerza del movimiento popular movilizado por el populismo revolucionario de Fidel y el M-26-7; en Venezuela, todavía queda por ver hasta dónde la burguesía criolla es capaz de impedir el avance de la *democracia participativa y protagónica* del movimiento popular encabezado por Chávez, pero las derrotas sucesivas de la oposición y su servilismo excesivo en relación con Washington sugieren que tampoco estará en condiciones de parar el proceso revolucionario.

En ciertas condiciones, entonces, el populismo es potencialmente revolucionario: tesis que para muchos sin duda resulta paradójica e incluso absurda, pero que es la única hipótesis capaz de explicar la trayectoria completamente heterodoxa de los procesos revolucionarios cubano y venezolano. Ahora, conviene examinar un poco más de cerca algunos aspectos del liderazgo carismático, de la relación excepcional entre el dirigente y el pueblo. No hay duda de que esta relación alcanza una intensidad casi mística, y que el discurso es un elemento central en esta relación: el líder tiene —o más bien, desarrolla— la capacidad de hablar apasionadamente y a veces por mucho tiempo, pero en el lenguaje popular, de comunicarse con el pueblo de tal manera que sienten que está expresando los sentimientos y pensamientos íntimos de ellos mismos. Para algunos esto suena como demagogia o manipulación, pero en realidad lo que sucede es mucho más interesante: el liderazgo populista se va formando a través de un proceso de dirección política práctica y de diálogo

⁵ «... el surgimiento de una forma de política centrada en una apelación directa al pueblo indica una crisis de las instituciones existentes, y en sí misma representa y extiende una crisis de mediación política e institucional».

con el pueblo, de tal manera que el dirigente va asimilando el sentir popular, la *voluntad general* de Rousseau, y lo vuelve a expresar en forma más coherente y con más fuerza.

Lo que sucede en las grandes manifestaciones y asambleas es un diálogo implícito, un proceso recíproco que contribuye poderosamente a la formación de una identidad colectiva entre todos los participantes:

... en los mítines populistas los seguidores se identifican entre sí. Como en el carnaval analizado por Bakhtin (...), los mítines populistas no son espectáculos que se observan, son espectáculos en los que todos participan. Esta participación «celebra la liberación temporal de la verdad prevaleciente y del orden establecido; marca la suspensión de todas las jerarquías de rango, privilegio, normas y prohibiciones» (...) Por eso permite que se cree un nuevo lenguaje entre los participantes (De la Torre, 1994:51-52).

Hay que tomar en cuenta no solamente las palabras, la iconografía y los gestos del orador sino también el comportamiento del público, sus expectativas, carteles, gritos y gestos. Además —y esto es algo que casi todos los comentaristas pasan por alto— hay que tener presente que los más auténticos líderes populistas no limitan su interacción con el pueblo a las manifestaciones masivas o los programas radiales o televisivos, sino que conversan regularmente con trabajadores individuales o grupos pequeños en diálogos más personales.

Se trata por lo tanto de un diálogo auténtico, un proceso que contribuye tanto a la formación de una identidad colectiva entre los participantes como a la evolución ideológica y la formación personal del líder. Éste, hay que decirlo, acepta una responsabilidad enorme que puede llegar a ser agobiante; pero al mismo tiempo la comunión con el pueblo se convierte en fuente de fortaleza y el dirigente auténtico se transforma en tribuno popular cuyas proclamaciones y decisiones reflejan la voluntad popular y son ratificadas por el pueblo. Aquí reside el significado de esa famosa frase del gran dirigente populista (y popular) colombiano Jorge Eliécer Gaitán, «Yo no soy un Hombre, yo soy un Pueblo»: la arrogancia aparente era una mera expresión de la realidad, la identidad política y moral entre Gaitán y las clases populares de ese país. La oligarquía colombiana se dio cuenta del peligro y organizó el asesinato de Gaitán antes de que fuera tarde (es decir, antes de que llegara al poder); así impidieron la revolución, pero al precio de sumir Colombia en un conflicto fratricida que todavía no termina. Se dice que cuando Perón se enteró del asesinato de Gaitán, declaró que «Ese país no vuelve a la normalidad en cincuenta años», y fueron seguramente las palabras más acertadas que jamás pronunció.

Pero hay otro aspecto esencial del fenómeno populista que hay que destacar, y es que el carisma y el prestigio del líder no resultan únicamente de su discurso, de su poder de oratoria, sino también de *acciones* decisivas que demuestran su identificación con la causa

popular y su capacidad de liderazgo. Los *descamisados* marcharon a exigir la liberación de Perón el 17 de octubre de 1945 no sólo por su encendida retórica antioligárquica, sino también por la obra ya hecha de legislación progresista de los dos años anteriores. Igualmente, en junio de 1936 los trabajadores mexicanos se movilizaron en defensa de Lázaro Cárdenas en su enfrentamiento con el caudillo reaccionario Plutarco Elías Calles por su promoción de la reforma agraria y su combate a la corrupción desde su llegada a la presidencia un año y medio antes. El pueblo colombiano se volcó a la calle en apoyo a Gaitán en 1945-1948 no solo por su denuncia apasionada de la oligarquía, sino por la obra ya hecha de defensa de trabajadores y campesinos en los tribunales y el parlamento desde 1928. El populismo auténtico, hay que insistir, no es demagógico; es por eso que los «neopopulistas» como Menem, Bucaram o Collor son tan insignificantes en comparación con los grandes dirigentes de la «primera onda», y también con la figura de Hugo Chávez Frías hoy en día. Comparar a Menem con Perón es como comparar a Napoleón III con el gran Bonaparte, la comparación que motivó la célebre frase de Marx de que la Historia se repite, la primera vez como tragedia y la segunda vez como farsa.

Hay que señalar también que las acciones que contribuyen a forjar el carisma del líder no se limitan a medidas prácticas como las ya señaladas (reforma agraria, legislación social, etc.), por importante que éstas sean. Típicamente en la carrera de cualquier gran dirigente populista hay un acto simbólico fundamental, un gesto heroico que marca el nacimiento político del líder: «El haber realizado algún acto extraordinario o fuera de lo común es uno de los elementos que genera la relación de liderazgo carismático» (De la Torre, 1994:45). En esta categoría tenemos la detención de Perón y su posterior liberación en octubre de 1945, la expulsión de Calles y sus allegados de México por Cárdenas en 1936, la defensa de los trabajadores de las bananeras por Gaitán en 1928, el asalto al Moncada por Fidel en 1953 y el levantamiento del 4 de febrero de 1992 por Chávez. Todos estos eventos tuvieron un impacto enorme y adquirieron rápidamente un estatus simbólico en sus respectivos países, y contribuyeron así a crear el aura carismática de sus protagonistas.

Finalmente es esencial aclarar que el dirigente no existe aislado del movimiento popular, y que en gran parte es producto de este. Desde luego, como se ha argumentado aquí, la actuación y el discurso del líder contribuyen decisivamente a la constitución del pueblo como sujeto colectivo, a la conversión de una masa atomizada de trabajadores, campesinos y gente pobre y marginalizada en una fuerza organizada. Pero en este aspecto también hay que ir más allá de las limitaciones de Laclau: no es sólo la *interpelación* del pueblo por el líder lo que lo constituye en actor consciente. Además del aspecto que acabamos de analizar, la *actuación* del líder, hay que tomar en cuenta también que en el análisis del discurso el proceso es más complejo. Como también dice Carlos de la Torre (1994:47), en un momento dado hay varios discursos políticos en competencia, y no todos

los discursos encuentran la misma receptividad por parte del público. La receptividad depende sobre todo de la predisposición del público a un discurso específico, es decir de la *conciencia latente* y preexistente de las clases populares a quienes se dirige el líder.

Esto implica que cuando el líder aparece, las «masas» a quienes se dirige no son tan dispersas, atomizadas o pasivas como a veces se piensa; la imagen negativa (que subyace en muchas de las críticas y la caricatura de populismo en los medios de comunicación) de un orador histriónico azuzando a una *chusma* ignorante es una tergiversación perversa de la realidad. En la mayoría de los casos el pueblo se encuentra ya bastante movilizado y tiene una conciencia colectiva latente, y carece solo de liderazgo efectivo para convertirse en una fuerza revolucionaria. Así por ejemplo, cuando Perón empezó su carrera política en 1943 la clase obrera argentina ya estaba movilizada en un grado que atemorizaba a muchos sectores de la oligarquía argentina: varios altos oficiales, asustados por la fuerza de la tradición sindicalista autónoma, hablaban ya del peligro comunista (Fayt, 1967:92). En Cuba a mediados de los años cincuenta el pueblo ya había manifestado su repudio tanto de los políticos corruptos de la época «auténtica», como de la dictadura de Batista, cuando Fidel Castro y el M-26-7 ofrecieron el liderazgo que faltaba. Igualmente en Venezuela, el levantamiento del *caracazo* mostró la disposición combativa del pueblo antes de que Chávez apareciera en escena. En los tres casos, fue el fracaso de los partidos de izquierda y su incapacidad de canalizar el sentimiento de revuelta popular lo que abrió el paso a dirigentes decididos y carismáticos, de origen militar o insurgente, con movimientos heterodoxos que despejaron el camino para los cambios radicales que el pueblo buscaba.

En los tres casos el liderazgo fue decisivo, pero sólo fue posible por la situación de crisis hegemónica, por el fracaso de los partidos de izquierda y por la disposición revolucionaria latente de las clases populares. Además, el caso argentino es aleccionador porque, tanto por las limitaciones del propio Perón como por la fuerza de la oligarquía rioplatense, el proceso entró en crisis a principios de los años cincuenta y eso facilitó el golpe. Cuando el caudillo popular volvió en 1973 las condiciones eran otras y también quedaba claro que Perón no tenía solución para el país en ese momento. Lo interesante es que a pesar de eso el peronismo se mantenía como la mayor fuerza política del país, y por la falta de orientación se dividió en peronismo de izquierda y revolucionaria (los *montoneros*) y peronismo fascista. La conclusión es que, por carismático que sea, el líder solo puede llevar el movimiento popular adonde está dispuesto a ir; o para ser más exacto, la dinámica del proceso puede llevar tanto al pueblo como al dirigente a situaciones inesperadas, pero esas situaciones estaban implícitas —no como algo inevitable, sino como posibilidades— en la estructura de clases preexistente y en la herencia cultural del movimiento. En las palabras de Oliver Cromwell en el siglo XVII inglés, «Nadie va tan lejos como el que no sabe adónde va».

El populismo más auténtico, entonces, es *potencialmente* revolucionario, y los dirigentes populistas de derecha tienen la tarea complicada de limitar y controlar la explosión popular que ellos mismos han contribuido a deflagrar. Los populistas de izquierda, en cambio, solo pueden sobrevivir en la medida en que se identifiquen cada vez más con la marea revolucionaria, y si de hecho se dan condiciones de triunfo revolucionario en el país y en la coyuntura en que se encuentran. Se podría objetar que eso no es populismo sino política revolucionaria, pero eso implicaría ignorar la necesidad de analizar el fenómeno del liderazgo carismático. Tal vez ha llegado el momento de decir, parafraseando a un autor clásico: «Un fantasma recorre el mundo: el fantasma del populismo».

Referencias bibliográficas

- Cammack, Paul** (2000). «The Resurgence of Populism in Latin America», *Bulletin of Latin American Research* 19(2), pp. 149-61.
- Chávez Frías, Hugo** (2004). *¡Venezuela se respeta! Acto de concentración contra la intervención*, Caracas, Ministerio de Energía y Minas.
- De la Torre, Carlos** (1994). «Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos», en José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri, coords., *El populismo en España y América*, Madrid, Editorial Catriel, pp. 39-60.
- Di Tella, Torcuato** (1970). «Populism and Reform in Latin America», en Claudio Véliz, ed., *Obstacles to Change in Latin America*, Londres, Oxford University Press.
- Fayt, Carlos S.** (1967). *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, Viracocha.
- Germani, Gino** (1962). *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Harnecker, Marta** (2000). *La izquierda en el umbral del siglo XXI: haciendo posible lo imposible*, Madrid, Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto** (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres, New Left Books.
- McCaughan, Michael** (2004). *The Battle of Venezuela*, Londres, Latin America Bureau.
- Mouzelis, Nicos** (1978). «Ideology and Class Politics: a Critique of Ernesto Laclau», *New Left Review*, n° 112, pp. 45-61.
- Pendle, George** (1963). *Argentina*, Londres, Oxford University Press.
- Raby, D.L.** (1999). «El discurso revolucionario en el primer año del triunfo de la Revolución Cubana», *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, n° 5, pp. 65-82.
- Ramos Jiménez, Alfredo** (2002). «Los límites del liderazgo plebiscitario: el fenómeno Chávez en perspectiva comparada», en A. Ramos Jiménez, coord., *La transición venezolana: aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, Universidad de los Andes.